

*Intentos de modernización de una sociedad:
la masonería en Castilla y León a finales del siglo XIX*

*Luis P. Martín
Universidad de Valenciennes*

Desde hace algunos años, una vertiente de la historiografía española actual se ha planteado la cuestión de la modernización de España, sobre todo una vez asentada la Restauración alfonsina. Entre los diferentes trabajos, sean dentro de una óptica política¹ o económica², se insiste en el hecho de una modernización que no logra destruir los estamentos políticos tradicionales (como el caciquismo), ni las mentalidades económicas (proteccionismo) y sociales; por no citar las educativas y culturales.

No obstante una serie de signos se van produciendo a partir de los años 80 del siglo XIX, que nos indican una evolución social profunda y que contienen los primeros rasgos de la modernización de España. Y estos signos a los que me refiero, no son signos evidentes; al contrario, son signos de profundidad que únicamente se nos desvelan si nos apartamos de lo que se puede denominar «las evidencias de la historia». Nos estamos refiriendo a las ricas y variadas, incluso entusiastas, manifestaciones sociales que se produjeron en la España finisecular. Ricas, porque las bases y los objetivos de muchas de ellas intentaban sacar el país del letargo social; diversas, porque no estaban encauzadas en una idéntica dirección y así prologaban una convivencia plural y democrática. Por último, entusiastas, porque al estar en los márgenes del sistema, encontraban en las «ideas» y en los «hombres», su solución para España. Estas manifestaciones se denominaban: sociedades de amigos del país, escuelas laicas, sociedades de socorro mutuo o de resistencia, círculos y ateneos literarios y científicos y logias masónicas. También, aunque dentro de una dinámica diferente, círculos obreros católicos y escuelas dominicales, que se fundamentaban en el reciente catolicismo social de algunos sectores liberales de la Iglesia.

¹ A. Elorza, *La modernización política en España*, Madrid, Ediciones Endymón, 1990. T. Carnero Arbat, «La modernización del País Valenciano durante la Restauración», *España entre siglos (1875-1931). Continuidad y cambio*, VII Coloquio de Historia Contemporánea de España, dir. M. Tuñón de Lara, Madrid, Siglo XXI ed., 1991, pp. 251-275. De esta autora se puede consultar su interesante «Prólogo» en M. Tuñón de Lara, *Poder y Sociedad en España, 1900-1931*, Madrid, Espasa Calpe, 1991.

² J. Palafox, *Atraso económico y democracia. La Segunda República y la economía española*, Barcelona, Crítica, 1991.

De todos los citados, la masonería fue a partir de 1868 hasta 1896 una sociedad, la única organizada a nivel nacional, con planteamientos sociales y políticos abiertos en los que el progreso y la libertad eran la piedra angular del renacimiento humano y de la sociedad. Si nos permitimos utilizar el lenguaje masónico, no es para resaltar la íntima ligazón que, en principio, la unía a la noción de modernización. Evidentemente, no excluyo de esta declaración de principios las otras formas de sociabilidad citadas. Nuestra intención (introdutoria) es reseñar la importancia y el interés histórico que existe en tomar en consideración un modelo de sociabilidad burguesa que en conjunto fue una firme y decidida partidaria de la modernización. Si nos atenemos a las cifras, no hay duda que ni siquiera los incipientes sindicatos, y no hablemos de los partidos del sistema, poseyeron tal cantidad de miembros (cifrados alrededor de 50.000 masones); pero tampoco ninguna otra sociedad recreativa o cultural tuvo una estructura funcional semejante a la masonería. Partiendo de esta base, es indudable que la sociedad masónica contribuyó a la modernización, a una cierta modernización o a un intento de modernización de la sociedad.

El interés de estas reflexiones, favorecidas y obtenidas por nuestros trabajos sobre la masonería castellano-leonesa, estriba en la dialéctica que se produce, casi naturalmente, entre una región tradicionalmente levítica y clerical y un concepto que se le opone radicalmente. El choque entre arcaísmo y modernidad³, no es dialéctica, es una dicotomía histórica que fomentada por las contradicciones intrínsecas al período en el que se produjo una ruptura, una falla profunda, a ciertos niveles sociales y políticos; pero sobre todo insistimos, mentales. Las logias masónicas no fueron un paradigma cultural o ideológico. Las fisuras procedían de la ausencia de elementos intermedios (lo que recaería en los liberales dinásticos) que absorbieran los choques entre los extremos.

No vamos a extendernos sobre este punto, ya que ha sido ampliamente estudiado y, sin embargo, vamos a detenernos en cómo aquella masonería trató de incidir en la sociedad de Castilla y León, con el fin de modernizarla. Dos vertientes o aspectos fundamentales retienen nuestra atención: la educación y la política.

Una educación libre y laica

Las logias tuvieron un actitud que, en principio, iba más lejos que la simple constatación de las necesidades educativas de una región, que era una de las más alfabetizadas de España, pero que seguía siendo profundamente religiosa. La posición de la masonería se basó en un doble discurso: el racionalista y el progresista. De ambos surgió la idea de que su contribución a la secularización de la sociedad sería la que más importancia le cabía y la que más urgencia tenía. Evidentemente, todo ello

³ J. Sánchez-Jiménez, «Tradición y modernidad en la sociedad rural castellano-leonesa (1890-1920)», *España entre dos siglos...*, op. cit., 1991, pp. 274-297.

se acompañaba de un debate ideológico y también de un frente contra el arcaísmo de una educación inoperante, clasista y clerical⁴.

La modernización social, pues, según aquellos masones pasa por la educación. Una educación que se plantea, no tanto como nuevas perspectivas pedagógicas -que existían entre algunos masones- sino en cuanto a un despliegue de actividades que hicieran obstrucción al renacimiento educativo de la Iglesia, por culpa del laxismo del Estado en este terreno.

Una forma de lucha consistió en patrocinar o dirigir las Ligas contra la Ignorancia, una de ellas creada por la logia *Iris de Burgos* en 1881. El proyecto padeció retrasos y tuvo una gestación difícil; por fin en 1883, la Liga pudo empezar sus trabajos. El principio era sencillo: ofrecer a la clase obrera una instrucción que se le negaba en otras instituciones⁵. La organización también lo era: los profesores eran miembros de la logia y la financiación de la Liga corría a cargo de la logia y de donativos, masónicos o profanos. El celo y los desvelos de la logia burgalesa, en una ciudad de marcado tinte clerical y de agresivo ambiente antiliberal, no fueron suficientes para contener el empuje del púlpito; además, la persistencia de un déficit crónico en los fondos de la Liga, pese a las suscripciones masónicas nacionales efectuadas para salvarla, dieron razón a sus enemigos, abortando este primer intento educativo.

El hecho, si bien se enmarca en la dinámica de las distintas Ligas contra la Ignorancia que surgieron en la España finisecular⁶, no deja de ser revelador de la actitud de una pequeña zona de la clase media burgalesa que buscaba «otras vías», vías de modernización que rompían la hegemonía del aparato educativo eclesial⁷.

No cabe duda que experiencias de este género conllevan la impronta laica y racionalista. No obstante, las actividades masónicas, aunque fueron escasas en talla y volumen, supieron enmarcarse en ese movimiento liberador que anhelaban sectores de las clases medias. Y un ejemplo de lo que decimos se puede encontrar en el

⁴ Prácticamente en todas las regiones españolas se dieron ejemplos de actividades educativas promovidas por la masonería. Dentro de la publicística masónica finisecular, encontramos artículos, panfletos y propaganda intensiva sobre la secularización de la enseñanza. No era una actitud aislada de las logias y de los Grandes Orientes; por medio de la prensa oficial se apoyaba y animaba a que se movilizaran todos los masones en este proyecto.

⁵ Sobre la liga burgalesa, Archivo Histórico Nacional. Salamanca (A.H.N.S.), 450A/3. Otro ejemplo de este movimiento se produjo en Valencia. La liga local poseía un boletín, que dirigía V. Blasco Ibáñez. Ver, L.M. Lázaro Llorente «Blasco Ibáñez: masonería, librepensamiento, republicanismo y educación», *Masonería, Revolución y Reacción*, Alicante, Inst. Juan Gil-Albert, 1990, pp. 213-225.

⁶ La creación de escuelas para obreros, de artes y oficios para mujeres, de asilos-escuelas para niños, fueron proyectos generalizados a nivel nacional. En Barcelona se llevaron a cabo varias experiencias de este tipo en 1872, patrocinadas por las logias *Moralidad, Silencio y Porvenir de la Humanidad*; ver, P. Sánchez i Ferrá, «Maçoneria i educació a Catalunya», *Maçoneria i educació a Espanya*, Barcelona, Fundació Caixa, 1990, p. 166. En Alicante, la logia *Constante Alona*, entre 1883 y 1885 realizó una serie de actividades importantes en este terreno; vid. J.C. Usó i Arnal, «La Humanidad (1883-1890). Una revista masónica en el Alacant de la Restauración», *La Masonería en la España del siglo XIX*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1987, p. 857.

⁷ Sobre los comportamientos sociales en Burgos, véase C. Delgado Vias, *Clase obrera, burguesía y conflicto social. Burgos 1883-1936*, Valladolid, Publicaciones Universidad, 1993.

Proyecto de Asilo Masónico para Párvulos y un Centro de Instrucción de Obreros, que redactó en 1888 la logia *Progreso* de Valladolid⁸. En dicho texto, se pone en evidencia una de las misiones de la masonería: el progreso de la humanidad. Los masones vallisoletanos quisieron dar forma a un lenguaje socio-educativo en el que el individuo fuera libre: libre de creer y libre de pensar. Formar una infancia y una juventud dentro de estos márgenes era la mejor garantía de progreso y el mejor freno al arcaísmo reinante en Castilla y León.

El reglamento del Centro de Instrucción de Obreros aborda, claramente, la función de la masonería en el campo educativo y se considera «hija de la luz y del saber», declarando su misión civilizadora. Un segundo objetivo, más matizado, contiene una intencionalidad ideológica neta. Por medio de la instrucción se intentaba darle al obrero la libertad de albedrío usurpada por el «oscurantismo católico y la propaganda jesuítica», como gustaban decir los masones. Pero también a través de una política más amplia que pretendía contrarrestar el dinamismo social que desplegaba desde hacía una década la Iglesia regional. Durante estos años, en Castilla y León se crearon escuelas y colegios católicos, a la vez que se abrieron casinos y círculos obreros. De esta manera se completaba una red educativa y recreativa controlada por la Iglesia que se inspiraba de las teorías sociales divulgadas en la encíclica de León XIII, *Rerum Novarum*⁹.

Ahora bien, la magnitud de la obra demostró la incapacidad funcional de la Orden masónica. Y ello se debía a varios factores. El primero, a la inexistencia de un estatuto jurídico-económico en las logias; el segundo, a la pobreza crónica de una masonería que se nutría de la pequeña-burguesía y, por último, a la desproporcionada magnitud de fuerzas entre las logias y la Iglesia y sus defensores.

Estos obstáculos a la empresa educativa hizo reflexionar a los mismos masones que decidieron aportar su concurso y convicción a proyectos educativos lanzados por otros grupos afines, como los libre-pensadores. Otra vez fue Valladolid el escenario de estas acciones. La fundación de la escuela laica «Luz de Castilla», fue obra de la sociedad de libre-pensamiento local y la masonería. El objetivo de este centro era la educación del obrero, que eran sus principales afiliados y que contribuían

⁸ A.H.N.S., 730A/9.

⁹ Varios centros de esta índole se fundaron en Valladolid: 1881, la Asociación Católica Protectora de Obreros; en 1884, el Círculo Católico Obrero, donde se impartían cursos a niños y obreros. Este círculo fue controlado rápidamente por los patronos y el clero, que ocuparon la dirección. Baste con señalar que tres de sus miembros de honor eran los tres primeros contribuyentes locales en 1900. Ver, J.M. Palomares y otros, *La comisión de reformas sociales y la condición obrera en Valladolid (1883-1890)*, Valladolid, Publ. Universidad-Caja de Ahorros de Salamanca, 1985, pp. 163-164. También, E. Maza Zorrilla, «Asociacionismo confesional. La Asociación católica de Escuelas y Círculo de Obreros. 1881-1914», *Investigaciones Históricas*, 8, Universidad de Valladolid, 1988, pp. 169-201. En la ciudad de León se fundó en 1886 un círculo que recibía ayuda del obispado. A este círculo se fusionó la Academia de Obreros que ya estaba en funcionamiento; ver, F. León Correa, *León en el último tercio del siglo XIX. Prensa y corrientes de opinión. 1868-1898*, León, Diputación-Institución Fray B. de Sahagún, 1988, p. 202. Parece evidente que estos centros cumplían una función antiliberal y antimasonía. Un ejemplo claro se dio en Alicante, donde el Círculo Católico se declara abiertamente antimasonía en el periódico local *El Alicantino*; ver J.C. Usé i Arnal, art. cit., p. 856.

por medio de una cotización modesta. Las actividades estuvieron marcadas, desde el principio, por una penuria económica constante. Pero no fue esto lo más grave. Al poco tiempo de su creación, los libre-pensadores abandonaron el centro, probablemente debido a conflictos personales. No obstante, en 1890, la escuela funcionaba pese a múltiples dificultades. La urgencia de fondos era de tal importancia, que el director del centro, Nicolás Astudillo, pidió ayuda desde la columna de la Gaceta Oficial del Gran Oriente Nacional de España, atacando sin piedad a las órdenes religiosas que «trabajan sin descanso por infiltrar en la juventud doctrinas contrarias a la libertad de pensar y raciocinar, como lo hace también desde el púlpito los que se llaman representantes del Dios de la paz y que incesantemente predicán la guerra»¹⁰.

Aunque la laicidad masónica fuera una estrategia política cuya finalidad era la laicización de todo el sistema educativo, las acusaciones del director de «Luz de Castilla» se fundaban, también, en la dimisión del Estado como institución reguladora y de equilibrio entre las opciones ideológicas de sus ciudadanos; con el agravante de la autorización concedida a la Iglesia para impartir cursos de religión en los centros públicos. Por esta razón, tanto el ensayo frustrado de otro centro laico libre-pensador y masónico en León (denominada «Luz Leonesa») como el proyecto salmantino para la creación, en 1888, del Centro Popular de Enseñanza Laica, se encuadran en una dinámica a la vez defensiva y acuciante. Ahora bien, el aporte masónico al libre-pensamiento, que está bien reflejado en los trabajos de P. Álvarez Lázaro, revela una confluencia entre el racionalismo dogmático y el laicismo anticlerical; es decir, de una politización a ultranza de un aspecto de la modernización, en oposición a otros modelos -también politizados- como podían ser las escuelas dominicales de las parroquias o los círculos católicos¹¹.

Estas actividades de la masonería no deben ocultar otras ejercidas por los masones que se inscriben dentro de una dinámica social e intelectual abierta y que rompen con los cánones institucionales (religiosos o estatales). Por otro lado, estos masones entraron en conflicto con los sectores más conservadores, ya que proponían actitudes de progreso. Todas fueron signos de modernización: desde las maestras laicas de las logias vallisoletanas o de la pequeña logia *Aurora del Progreso* del pueblo salmantino La Fuente de San Esteban hasta los catedráticos de instituto y de universidad pasando por las escuelas de adultos creadas por un miembro de la logia *Luz Bejarana* y otros profesores de centros y academias privadas (como la famosa Filantrópica Artística de Valladolid).

Pero sin duda fueron aquellos masones dedicados de pleno a la enseñanza e implicados en las teorías krausistas y de la Institución Libre de Enseñanza los que

¹⁰ Sobre «Luz de Castilla» ver *Gaceta Oficial del Gran Oriente Nacional de España* (GOGONE) del 1/05/1890, n° 32, p. 275.

¹¹ Respecto a «Luz Leonesa», ver P. V. Fernández, «La masonería leonesa fuera de sus logias: dimensión social y pública de los masones de León», *Tierras de León*, n° 75, 1989, p. 60. Para el Centro Popular de Enseñanza Laica de Salamanca, ver *La Acacia*, Salamanca, 20/02/1888, n° 2, p. 3. En cuanto al laicismo masónico, consultar P. Álvarez Lázaro, «Masonería y enseñanza laica durante la Restauración española», *Historia de la Educación. Revista Universitaria*, 2, 1983, p. 351.

ejercieron una mayor influencia. Dos salmantinos destacaron en este movimiento: J.A. Jorge López, que fue venerable maestro de la logia *Los Comuneros* y G. Sanz Muñoz, también miembro de esta logia. Ambos desde la Escuela Normal de Salamanca llevaron a cabo actividades innovadoras, tanto en el campo pedagógico como en el científico -Sanz fundó el *Boletín de Enseñanza Primaria de Salamanca*, que servía de cauce de información a todos los maestros de la provincia¹². Estos hombres conjugaron la dualidad propia de la masonería: reflexión en la logia y actuación en el mundo profano.

Dentro de otro contexto y orientación se dio la labor didáctica y publicística de Macías Picavea, que perteneció a la logia *Reforma* de Valladolid. Sus reflexiones e inquietudes de la realidad castellana y española se plasmaron en manuales y en su participación en la comisión de reforma de la enseñanza de 1883 y cuyos resultados publicó en sus *Apuntes sobre la instrucción pública en España*, y sus reformas, en donde preconizaba una enseñanza racional y humana, basada en la fraternidad y la igualdad con el fin de formar ciudadanos libres que construirían una sociedad democrática y de derecho¹³. Es decir, un proyecto que indudablemente tiene un tinte masónico, aunque no sea exclusivo de la masonería.

Estas formas de acción educativa demuestran, casi con pudor, los cambios mentales que se operaban en una clase media urbana -o semi-urbana-. Estas son formas de modernización, y en nuestro caso castellano fueron intentos de modernización.

De la logia al partido

En su origen, la masonería es una sociedad cultural y espiritual (también es, dentro de otra visión, iniciática y simbólica). Su función es eminentemente apolítica y, por lo tanto, sólo concibe lo político como aquello que prolonga su quehacer cultural y espiritual. Una de las formas de relación que esto contiene es la sociabilidad cultural y, por ende, toda forma de sociabilidad conlleva una socialización, que muchas logias convirtieron en política, al desmarcarse -de plano- del carácter primario y original de la masonería.

Sin embargo, si adoptamos un enfoque más cercano a lo que la sociabilidad posee, está claro que la armonización social que exigen los reglamentos de las logias así como su potente democratización interna, nos desvela un tipo de sociabilidad democrática inexistente en los otros tipos de sociabilidad y menos en los de la España de la Restauración. La logia contiene modos de actuación política, fruto de la

¹² L. Vega Gil, *Las escuelas normales en Castilla y León (1838-1900)*, Salamanca, Amarú Ediciones, 1988.

¹³ Unas notas biográficas de M. Picavea, en C. Almuíña, *La prensa vallisoletana durante el siglo XIX*, II, Valladolid, Diputación-Inst. Simancas, 1977, pp. 245-249.

convergencia de estos factores, creando -de esta forma- una socialización política en su seno.

La socialización política de la masonería implica un aporte ideológico de base, extenso y no rígido; de lo contrario, las logias no pueden reclamarse abiertas a todo tipo de ideologías -salvo aquéllas que no reconocen los derechos fundamentales del hombre y del ciudadano-. A la vez, las logias, como resultante de su armonía social y su fundamento democrático, deben realizar una síntesis de todos los comportamientos políticos que se dan en su seno. En definitiva, exige, reclama e impone una democratización política. De esta manera podemos decir que la sociedad masónica es una forma de sociabilidad política.

Una forma asociativa organizada y una pluralidad ideológica en sus logias le impedían ser políticamente operativa, pese a los que defienden la tesis de un complot masónico permanente. Además las diferencias existentes entre el modo de organización de los partidos políticos y las logias eran enormes. Aquéllos, con estructuras de funcionamiento arcaicas y desprovistas de una democracia interna, hacían imposible que se diera una continuación de la sociabilidad política partiendo de las logias.

Cabe preguntarse sobre las razones de tales diferencias organizativas, teniendo en cuenta que la modernización de los cuadros era mucho más avanzada en las logias que en los partidos. También podemos interrogarnos por qué la sociabilidad política organizada no pudo insertarse con mayor fuerza en los partidos políticos. De ambas preguntas sólo se obtiene una respuesta: los partidos políticos de la Restauración no concebían una socialización, ya que funcionaban en base a los comités electorales y a sus clientelas. La desnaturalización democrática del régimen hizo que los partidos se articularan de esta manera. Pero no sólo los partidos llamados dinásticos y aquellos otros que aceptaban el sistema político, también los republicanos. En realidad se trataba de una mentalidad política.

El contexto político español era más arcaizante de lo que normalmente se piensa y obligaba a todos, incluso a los masones (acostumbrados a debates internos democráticos) a adoptar modelos de actuación caciquiles y tradicionales. Esta observación no es gratuita ya que supone la existencia de varios «modos» de sociabilidad política y que la debilidad asociativa castellano-leonesa (y española, en general) será decisiva en cuanto a que los partidos tendrán la última palabra. En definitiva, podemos decir que de nada servía una sociabilidad masónica moderna frente al «prehistorismo» de unos partidos que se limitaban a encumbrar a algún cuadro o terrateniente local, pero que tenían el poder. En este sentido la masonería y los masones fueron contradictorios con sus principios.

Tampoco podemos, en absoluto, considerar que este contexto favoreciera la dispersión política -que era mínima- de los masones de la región¹⁴. Tanto sus

¹⁴ En los 30 años del siglo XIX, hemos localizado unas 70 logias que agrupaban 1100 masones, principalmente en las provincias de Valladolid y Salamanca. Consultar nuestra tesis, *La Franc-Maçonnerie en Castille et Léon au XIXe siècle*, II, Universidad François-Rabelais, Tours (Francia), 1991, pp. 290-295 y 313-321..

actividades, como su elección del partido refleja -en general- una opción personal, y las logias nunca fueron una correa de transmisión política; ideológica, sí, pero nunca de partido, ni siquiera entre los más radicales (cf. la logia *Luz de León*). Un breve repaso al abanico político de los masones, explica las líneas anteriores.

Excluyendo los escasos canovistas, liberales y demócratas que hubo y concentrándonos en los republicanos -por ser aquéllos que potencialmente eran más modernizadores- se dieron entre los masones tres vertientes: los republicanos moderados, los federalistas (más o menos exaltados) y los regeneracionistas de primera hora.

En cuanto a la primera, o sea el republicanismo masónico moderado, en Castilla y León está representado en una postura plácida, provinciana del que la revista masónica de Salamanca, *La Acacia* es un ejemplo claro. Esta publicación propone un republicanismo unido, moderado y centralista, en el que el reformismo burgués es timorato y sus planteamientos sociales rayanos con el paternalismo¹⁵; por otro lado, no busca enfrentamientos baldíos con aquellos que «pudieran echarles una mano electoral». Una especie de posibilismo *avant liheure*.

Era un grupo bastante dinámico durante los años 80 y que simpatizaba con el diputado vallisoletano, republicano y masón José Muro Salgado, un salmeroniano de buena estirpe local muy alejado del federalismo de otros masones de la región y emparentado políticamente con Miguel Morayta, Gran Maestro del Gran Oriente Español. No podemos olvidar que Muro¹⁶ conoció en la logia *Templo de la Libertad* de Valladolid a finales de los 60 a republicanos de postín y ya en la Restauración, siendo miembro de la logia *Reforma* fundó el diario *La Libertad*, órganos del republicanismo centralista local y que llegó a dirigir otro no menos importante masón, Macías Picavea, del que hablaremos más adelante.

Decíamos que este grupo de masones, oscilaban en una masonería afín, que iba del zorrillismo de las logias del Gran Oriente Nacional de España dirigido por el

¹⁵ Las crisis de subsistencias provocaban su cortejo de miserias: Salamanca conoció una manifestación de pobres en 1888. *La Acacia* comentó y publicó un artículo de reflexión, titulado «El derecho al trabajo» (sin firma) en su número de Abril. Su postura se limita a denunciar las deficiencias del Estado y la falta de sensibilidad de los «pudientes», sin demostrar una voluntad, ni un proyecto social que fuera más lejos del paternalismo acostumbrado. Este aspecto nos lo corrobora M. Esteban de Vega, *De la beneficencia a la previsión. La acción social en Salamanca (1875-1898)*, Salamanca, Diputación Provincial, 1991. Sin embargo, no todos los masones pensaban como los salmantinos. En León, el Capítulo *Pellicano*, declara sin complejos que todo se debe «a la defectuosa organización social, del falso concepto de propiedad (...)». A.H.N.S., 726A/6.

¹⁶ José Muro Salgado empezó muy joven su carrera política. A los 28 años ya era diputado nacional. Abogado, catedrático de instituto y discípulo de Julián Sáinz de los Ríos y de Emilio Castelar. Su vida masónica nos es parcialmente desconocida: perteneció a la logia *Templo de la Libertad* (hacia 1866-68), a la logia *Reforma* (1883) y en 1888, una vez ya en Madrid, en la logia *Comuneros de Castilla*. Diputado en 1881, presidente del Partido Republicano-Progresista en 1895, portavoz de la minoría republicana en el Congreso y miembro de directorio de Unión Republicana. Ver, C. Almuíña, op. cit., p. 250. Según el diario madrileño *El Intransigente* (18 y 20/06/1907) era «escrupuloso, recto, conservador sin mojigaterías y brillante parlamentario» (cit. en J. Álvarez Junco, *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza, 1993, p. 109).

vizconde de Ros, luego Gran Oriente Ibérico, presidido por el abogado catalán Rispá y Perpiá y al centralismo de Morayta. En realidad eran unos masones acomodaticios y poco proclives a provocar unos estamentos políticos que lentamente fueron aceptando; aunque no exentos de un potente sentido crítico pero aún apegados al comité electoral como único incentivo ideológico y discursivo. Es decir, unos comportamientos de actuación política, menos socializados que las mismas logias en las que solían reunirse. Es un actitud ambivalente, fruto de una praxis política que se aleja demasiado de la sociabilidad democrática masónica y en la que ésta podría incidir.

No obstante, hubo masones federalistas rabiosos como los de Avila quienes desde su diario *El Porvenir Republicano*, fustigaban a José Muro por sus compadreo electorales¹⁷; o los de la logia *Luz de León* quienes, con realismo, confesaban preferir un fusionista o un lejano posibilista antes que un dinástico en las elecciones locales. Así en León hubo escarceos masónicos con Gumersindo Azcárate a nivel político, pero la decadencia masónica local coincidió con la profunda crisis de un republicanismo castellano-leonés repleto de contradicciones y divisiones.

Es indudable que en estos casos, fuera del impulso ideológico de la prensa, la modernización política no conoce la importancia que tuvo la educación. Pero resulta interesante constatar que la socialización política se modifica e inicia un primer intento fuera de los circuitos clásicos del mundo político y social. La prensa, aunque sólo se leyera en los casinos y en los círculos, comienza a despertar enorme interés, tanto como órgano informativo-ideológico como medio de comunicación de masas. Por supuesto, debemos utilizar con sumo cuidado este tipo de afirmaciones, sobre todo cuando se trata de una sociedad que contaba con una escasa población obrera industrial y con una pequeña burguesía aún con una cultura política incipiente.

Los fracasos de tal tipo de prensa fueron también los fracasos que hubo en los intentos de modernización que citamos. Y un ejemplo de ello, sin ningún tipo de dudas, fue el estrepitoso fracaso de la prensa masónica castellana, frente al éxito que conoció en otras regiones (Andalucía, Levante, Cataluña, etc.). Quizás este hecho, nos lleve a entender las tipologías de modernización no sólo como el resultado de una socialización política única, la masónica; sino a través de una serie de compromisos diversos que también son modernizadores. El caso del republicanismo y masonismo que se produjo en Béjar resulta de esta óptica. Fue original y particular: un diario, republicano, de tendencia obrerista y masónico a la vez: *La Locomotora*; unos masones implicados en el primer movimiento obrero socialista y otros masones ejerciendo labores de instrucción a mujeres y adultos¹⁸. Todo reducido en un ínfimo

¹⁷ *El Porvenir Republicano* de Avila apareció el 6 de Abril de 1890 y entre sus redactores se hallaban Jorge Navarro Almansa, Nicolás R. Villaverde y Pedro Pérez Morera, todos miembros de la logia *Entereza*. En este primer número, y de entrada, apostillan a J. Muro de pretender formar un comité local salmeroniano y le espetan que «en Avila no hay más que buenos republicanos, coalicionistas revolucionarios y federales consecuentes».

¹⁸ Esta publicación nació a finales de 1879, siendo su fundador y director Fernando Aguilar (que ya había fundado y dirigido en 1871 *El Federal Bejarano*) miembro de la logia *Hijos de la Humanidad* de

reducto y en una villa en decadencia. Un intento de modernización basado en unos vínculos de actuación política emanentes de aquella socialización de la que hablábamos. Aquí se puede observar con bastante claridad, un germen de modernidad que se desarrollará 30 años más tarde

No quisiéramos dejar de un lado un tema que, aunque está en vías de estudio nos parece importante: la incidencia de ciertos masones en el primer regeneracionismo castellano. Macías Picavea, que en su juventud fue miembro de la logia *Reforma*, coincidió con otros masones que siguieron sus ideales y su peculiar forma de modernizar Castilla y España. Si la masonería fue diversa, este regeneracionismo también fue plural. Las inquietudes políticas de Macías Picavea también fueron educativas y educadoras. Fuera de la polémica historiográfica posterior en torno a este autor, lo que nos interesa subrayar aquí es su inquietud por encontrar una solución para salir del arcaísmo.

A modo de conclusión

En definitiva, modernizar una sociedad como la de Castilla y León a finales del siglo XIX implicaba la existencia de una serie de factores que no se daban. Democratizar las reglas políticas implicaba adoptar nuevos comportamientos políticos y, en esto, la masonería regional participó incluso de forma contradictoria. Secularizar una sociedad suponía desequilibrar una Iglesia que *-a contrario-* volvía a enraizarse. Por ello, la lucha y las luchas de aquellos heterodoxos para modernizar su mundo se limitaron a una serie de intentos, pero señalaron el camino para los que, apenas diez años después y también después del Desastre del 98, se decidieron a modernizar una sociedad fuera de los límites impuestos por un régimen arcaico.

Salamanca y fundador de la logia *Luz Bejarana*, donde coincidieron algunos republicanos de Béjar. F. Aguilar falleció en 1891 a los 41 años (ver, *La Libertad*, Salamanca, 5/10/1891) y *La Locomotora* seguía apareciendo en 1894. Para la prensa de Béjar, consultar M. Rodríguez Bruno «La prensa bejarana», *Provincia de Salamanca*, n° 3, 1982, I, pp. 73-90; 1984, II, pp. 107-126; y 1985, III, pp. 47-86, en *Salamanca. Revista Provincial de Estudios*, n° 14 y n° 16-17. Para la masonería salmantina, en general, consultar Luis P. Martín, *La Masonería en Salamanca a finales del siglo XIX*, Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca, 1989.